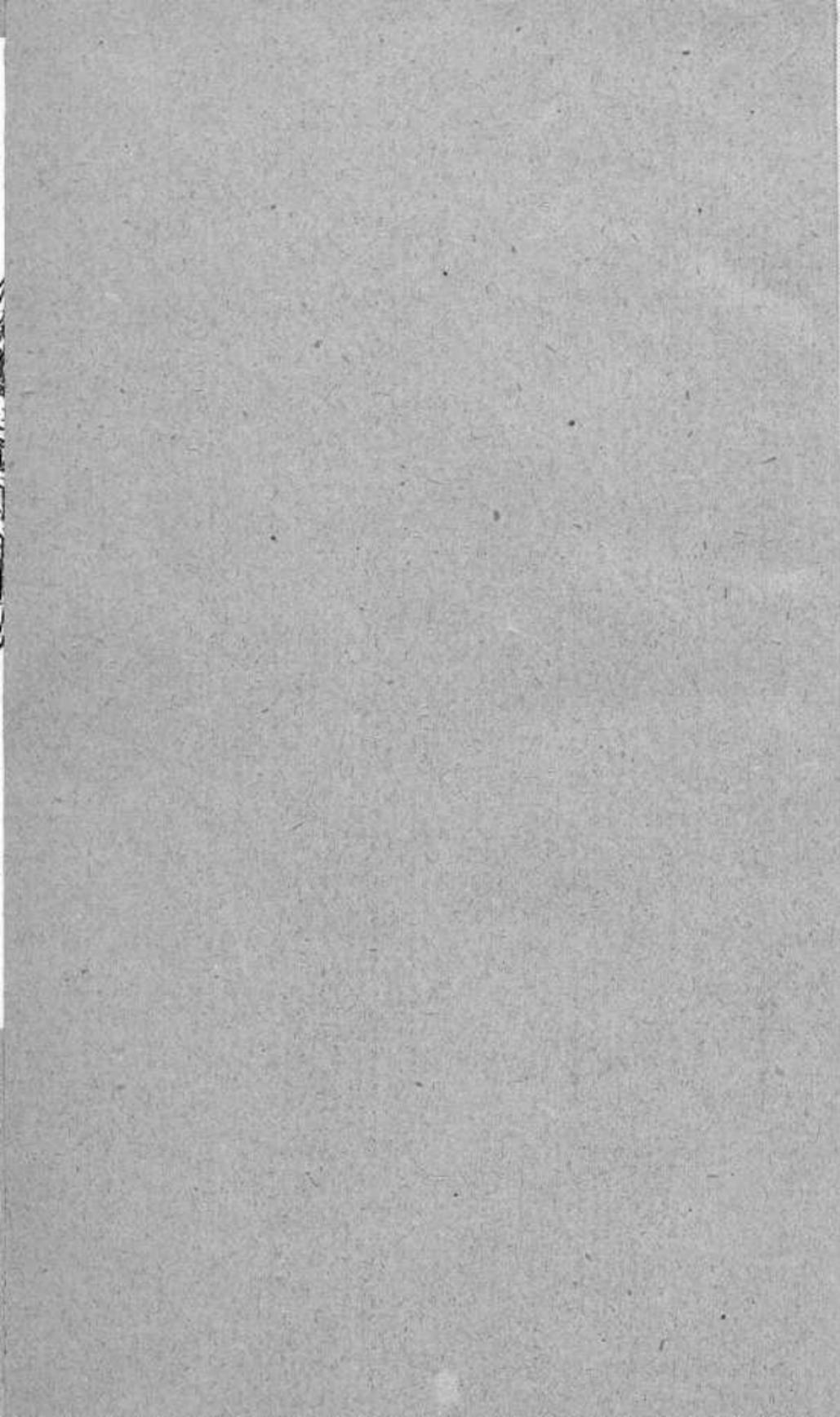
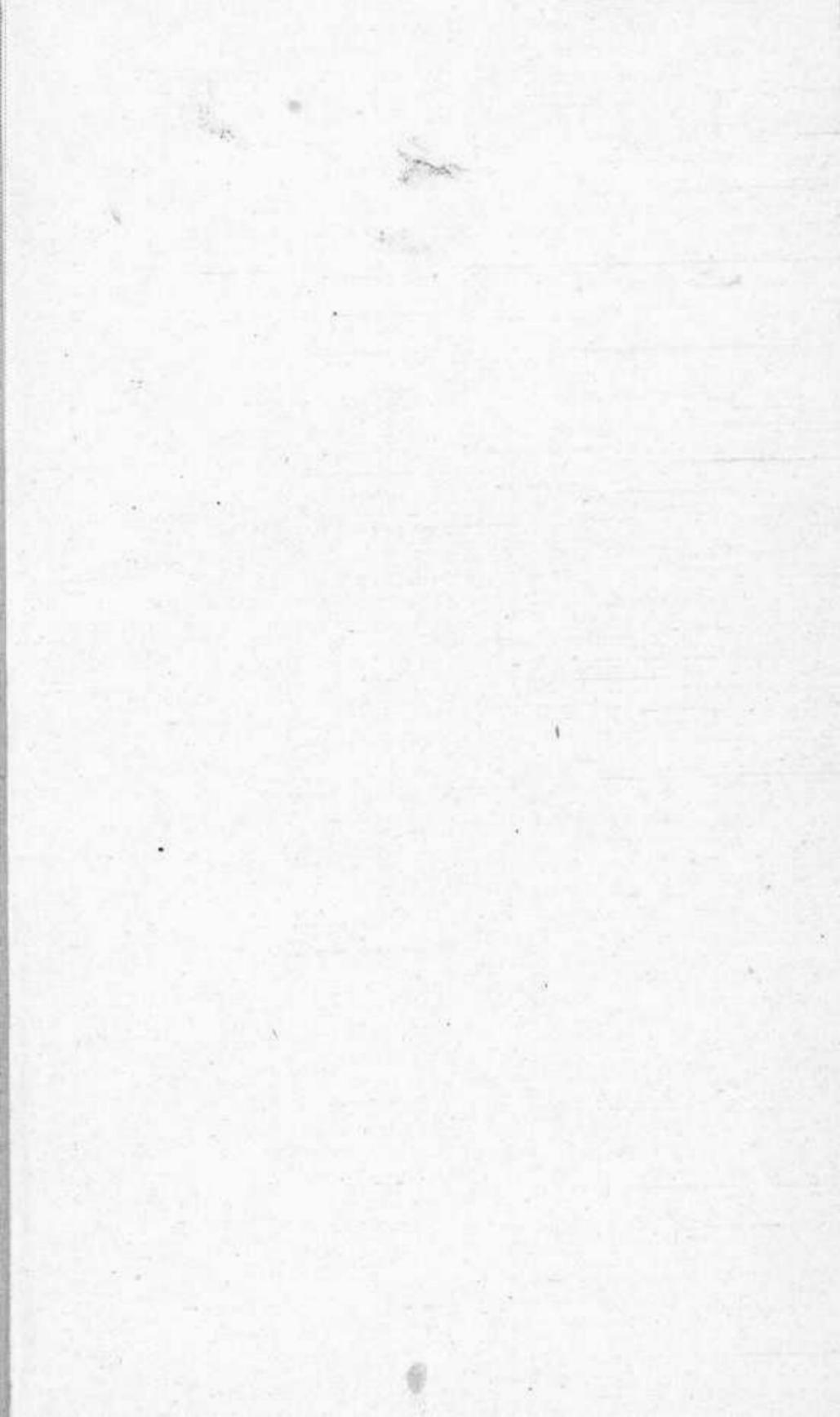


76.

AMER Y HOV







AYER Y HOY

FOLLETO TAURINO

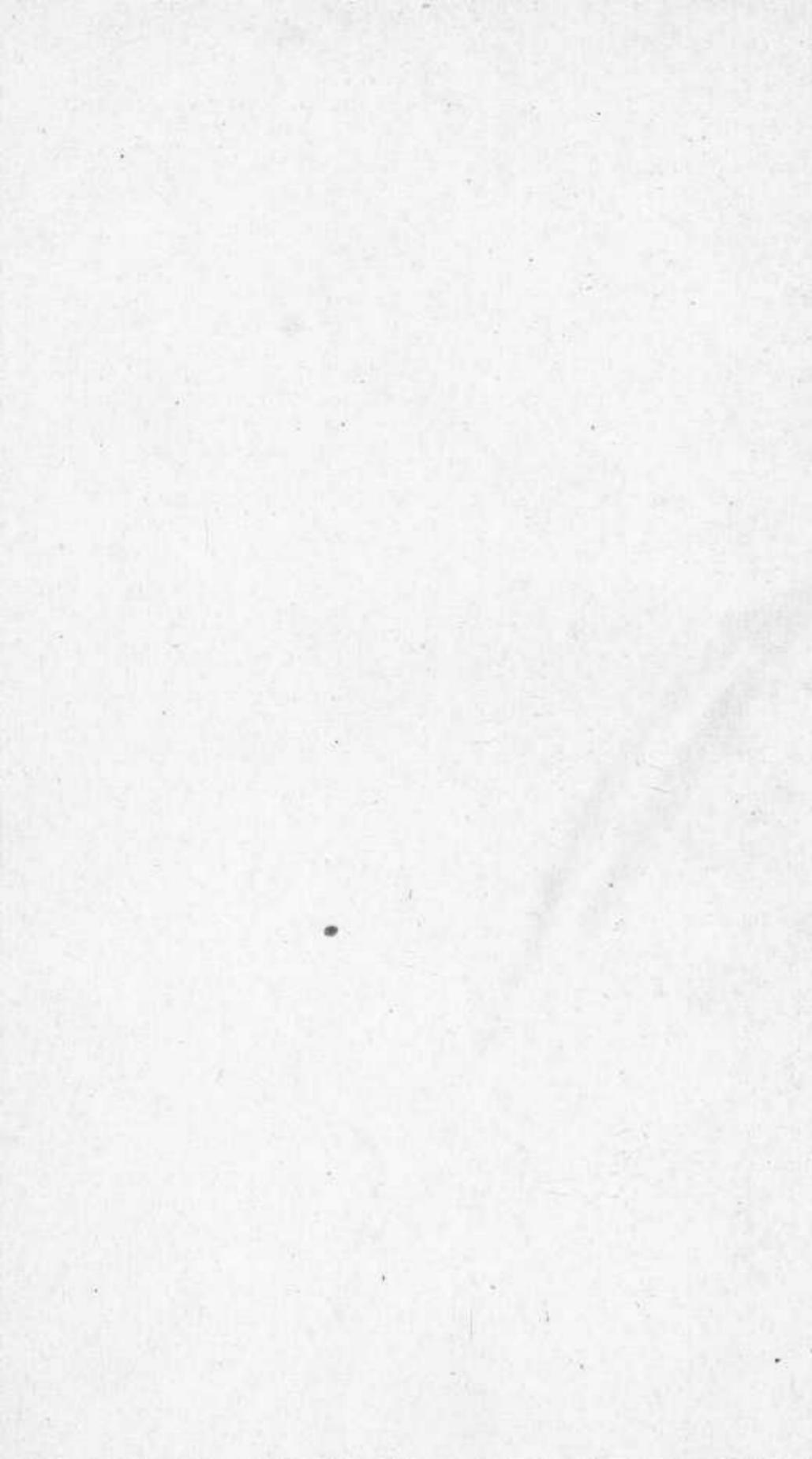
POR

REGATÓN



BARCELONA

1899



AYER Y HOY

2

AYER Y HOY

FOLLETO TAURINO

POR

REGATÓN

(J. S. G.)

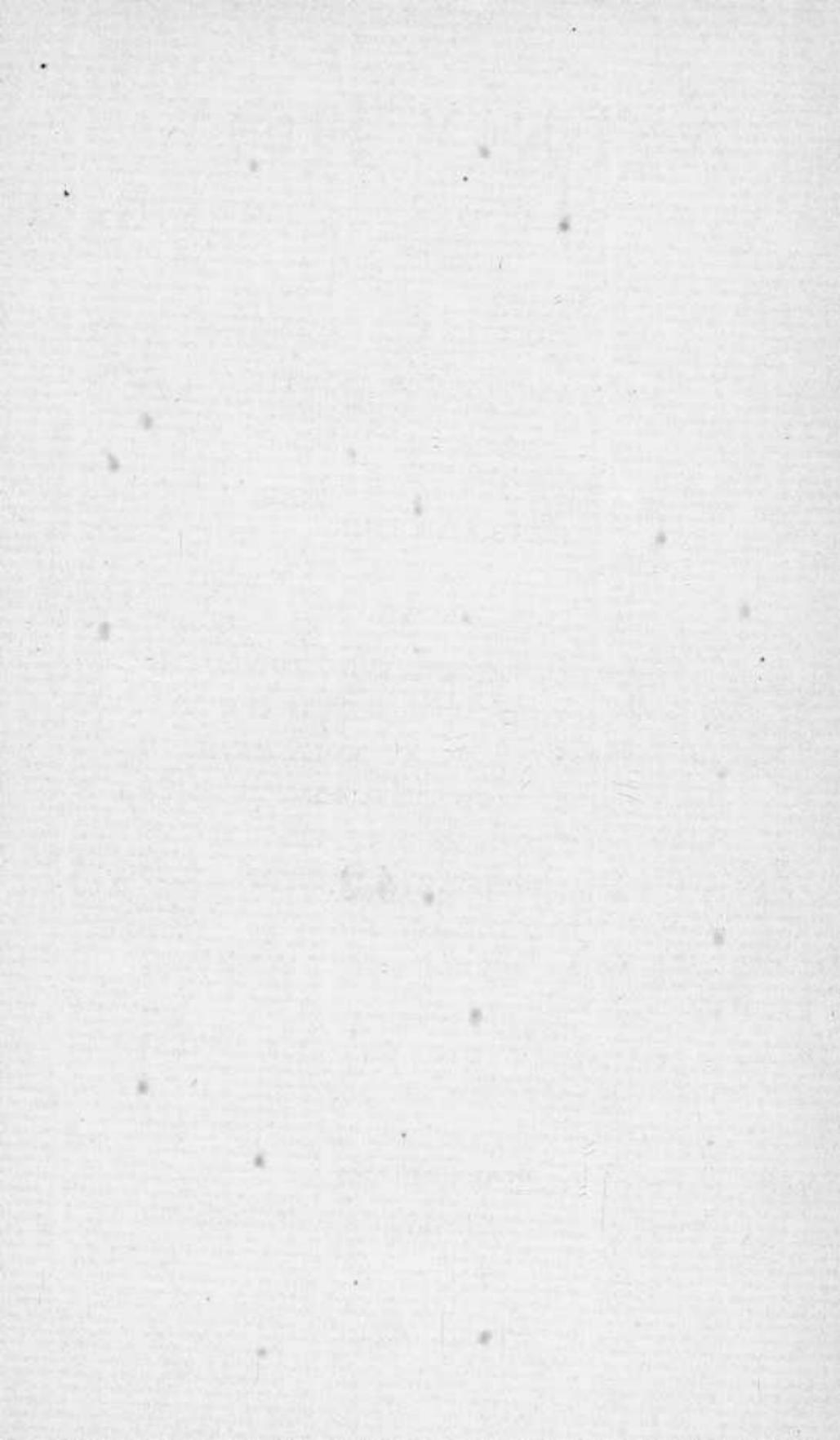


~~~~~  
Ejemplar n.º **42**  
~~~~~

BARCELONA

1899





ADVERTENCIA

Los artículos que constituyen este folleto fueron escritos para el periódico taurino *L'Arène*, de Marsella, y traducidos al francés se insertaron en los números 8, 10 y 12 de tan ilustrada publicación, que mantiene vivo el entusiasmo en la región meridional de la vecina república, por la hermosa fiesta española.

A la benevolencia de cuantos aficionados pasen su vista por ellos, se recomienda el autor, quien, al publicarlos en el idioma en que de su pluma salieron, se propone tan sólo abogar

por la práctica de las sanas reglas del arte y patentizar los defectos de que la lidia de hoy adolece, si bien lo muy ligeramente que la indole de este trabajo permite.





AYER Y HOY

I

LA SUERTE DE VARAS

QUE las corridas de toros decaen de día en día, es un hecho innegable y que está en el convencimiento de todos aquellos aficionados amantes del toreo verdad; no de los que la asistencia á la plaza es sólo motivo para correr una *juerga*, siendo lo de menos las condiciones de los distintos elementos que intervienen en la fiesta taurina.

En todos los tercios de la lidia se notan hoy deficiencias tan grandes,

que es necesario ser ciego para no verlas. Más diré; es preciso tener la manga muy ancha y desconocer en absoluto los anales del toreo, para aceptar como bueno aquello que en otros tiempos se hubiera reputado como malísimo.

Aparte de la influencia, no escasa, que en el decaimiento de las lides taurinas corresponda á los ganaderos poco escrupulosos que presentan toros faltos de cualidades, muchas veces, y de edad, en la mayoría de las ocasiones, pues este aspecto de la cuestión renuncio á examinarlo, al menos por ahora, es evidente que las distintas fases de la lidia ofrecen hoy notables defectos, y lejos de hacer cada cual por su parte, lo que estuviera en su mano para aminorarlos, ya que no hacerlos desaparecer por completo, vemos que cada vez adquieren mayor relieve, con notorio perjuicio del buen nombre de las corridas de toros. Y es mi propósito ocuparme en este y sucesivos artículos, de lo que tiempo atrás eran las suertes culminantes del toreo, comparándolas con lo que son en la actualidad, para llevar el con-

vencimiento de mis ideas á los lectores de buena fe que se dignen ojear estos escritos.

Siguiendo el plan que ofrece la misma lidia, tócale hoy el turno á la suerte de varas, y en auxilio de mis razonamientos, puedo echar mano, afortunadamente, de un curioso impreso que conservo entre mis papeles relativos á cosas de toros.

Es éste, un *Estado de la primera corrida de toros ejecutada en la plaza de Madrid el lunes 9 de agosto de 1819...*

La reseña de los sucesos particulares de la corrida, empieza con las siguientes líneas, que á cualquier aficionado de hoy causarán asombro: «A la quinta pica recargada de las 16 que tomó el primer toro con bastante regularidad...»

Y esto, lo consigna el revistero sin hacer comentarios sobre ello, porque era cosa corriente en aquella época, que los toros admitieran ese número de varas y aun lo excedieran. Los toros 3.º, 4.º y 5.º tomaron 10 picas los dos primeros y 9 el último; número que hoy rara vez suele alcanzarlo en toda una temporada algún

cornúpeto, legando con esta *hazaña*, un lauro á la vacada.

Del minucioso relato de la media corrida que se celebrò por la mañana, inserto en el *Estado* á que vengo haciendo referencia, entresacaré algunos datos para que los saboreen los buenos aficionados.

Se lidiaron siete toros, que tomaron en junto **61** varas, ocasionaron **8** caídas é *hirieron* 12 caballos. Tomaron parte en este tercio ÚNICAMENTE DOS PICADORES, Joaquín Zapata y Juan Mateo Castaño, y hay que tener en cuenta la circunstancia, que consta en la reseña, de que los toros tenían: cinco de ellos, 5 años, y los dos restantes, 6.

Hoy es frecuente ver que un choto casi inofensivo, deje para el arrastre tres, cuatro, seis ó más escuálidos caballejos, con perjuicio—lo repito—del buen nombre de las fiestas de toros, que no tendrían detractores tan furibundos si se evitara, como puede y debe evitarse, el vergonzoso espectáculo que esta parte de la lidia ofrece.

Datos más elocuentes todavía que

los aducidos, suministra el impreso de 1819, en el resumen completo de la fiesta, que se celebró por la mañana y por la tarde. Se lidiaron 17 toros, los cuales sólo lograron tender en la arena del circo taurino **1** caballo y herir á 16.

¿Qué dirán, ante ese resultado, los aficionados contemporáneos que, por regla general, juzgan el buen éxito de una corrida por el mayor número de caballos que en ella perecen, atribuyendo á la bravura del toro lo que es sólo imputable á la ignorancia de unos picadores que apenas si saben hacer otra cosa que entregar inicua-mente las cabalgaduras sobre los cuernos de las fieras, á cambio de sendos batacazos, porque carecen de brazo para contener su empuje; que ni una sola vez entran al toro por derecho, como debe entrarse, ni le dan salida por delante, librando al caballo del encontronazo?

Pero ¿qué saben de esas cosas los picadores actuales, y si las saben, cuándo ponen en práctica las reglas de que tan celosos se mostraron en sus tiempos, los Marchena, Corchado,

Ortiz, Pinto y otros, con cuyos nombres se enorgullece el arte taurino?

Hazaña incomprendible pareceráles á los tumbones de hoy, que Luis Corchado picara en una tarde ocho toros jijones con un solo caballo.

¡Cómo cambian los tiempos!

Un hecho imperdonable que hoy se repite con harta frecuencia, á ciencia y paciencia de los jefes de las cuadrillas y del presidente del espectáculo, que deben tener la suficiente competencia y autoridad para no tolerarlo, es que los *monos sabios*, al acercar el caballo al toro, lo atraviesan ó cuartean ante los cuernos, imposibilitando en esta forma toda defensa de la cabalgadura y poniendo en grave exposición la vida del picador.

En tales condiciones, no es extraño que la matanza de caballos sea enorme; que los toros de hoy, casi siempre blandos por jóvenes, se sientan al hierro á las pocas picas mal puestas que reciben, y que el resto de la lidia resulte deslucido, pues precisamente de la mejor ejecución de la suerte de varas depende el buen resultado

de las que luego han de practicarse.

Mucho más podría extenderme en consideraciones, especialmente sobre la inobservancia de lo prescrito respecto á las dimensiones de la puya y al modo de afilar los cortes de ella, no limándolos bastamente, para evitar que la puya raje la piel; pero por lo apuntado puede apreciarse que existe una desorganización completa en el primer tercio de la lidia y una falta inmensa de condiciones entre la gente encargada de su ejecución.

El día en que los dos ó tres que pudiéramos llamar *virtuosos*, y que aun hoy demuestran, rara vez, suficiencia para el ejercicio de su profesión, dejen, por cualquier causa, de ejercerla, habrá que renunciar á ver picar toros, y los entusiastas que todavía conserven idea de las reglas del arte relativas á la suerte de varas, habrán de alimentar su afición solamente con el recuerdo de las glorias que pasaron.





II

LA SUERTE DE BANDERILLAS

Si en medio del decaimiento que se observa en todas las suertes de la lidia, hay alguna de éstas que se practique hoy con atractivos suficientes para no desmerecer del modo como se ejecutaba á mediados del siglo actual, que fué cuando tuvo su época de mayor brillantez (pues remontándonos á tiempos anteriores, la suerte de banderillas se practicaba muy imperfectamente), es sin duda, en mi concepto, la de parear.

Cierto, muy cierto es que, como todas las demás, ha sufrido alteracio-

nes en el modo de ejecutarla: que hasta los instrumentos necesarios para llevarla á cabo han sido modificados, y que algunas de sus formas permanecen olvidadas; pero aun así, por satisfecha podría darse la afición si todas las diferencias que se observan en los demás tercios estuvieran en igual proporción, pues seguramente que no padecería el arte taurino de la laxitud que actualmente le aqueja y que hace temer por su brillante mantenimiento.

La generalidad de las banderillas que hoy se clavan, lo son al cuarteo, del cual se usa y aun se abusa, y si si bien dentro de ese modo, el más vulgar, caben los pares de verdadero mérito, es altamente sensible que se olvide la existencia de otros de mucho mayor lucimiento.

Buen número de notables banderilleros adquirieron su renombre clavando los palos á *topa-carnero* y *al recorte*, suertes hoy olvidadas en absoluto. ¿Por qué? Lógico es atribuir esta preterición á las dificultades que ofrece el ejecutarlas, si bien en esas mismas dificultades de ejecución ate-

soran su mérito extraordinario, reconocido por cuantos se han ocupado en describirlas.

Sánchez de Neira, autoridad indiscutible en asuntos taurómacos, define de este modo en su *Diccionario* la suerte de banderillas á *topa-carnero*:

«Consiste en situarse el torero á
»buena distancia del toro; cuando
»éste le mire, llamarle alegrándole
»para que parta, esperarle con los
»pies parados, y al humillar el ani-
»mal para dar el hachazo en la mis-
»ma jurisdicción del lidiador, salirse
»del embroque, no sólo por medio de
»un quiebro de cuerpo, como dice
»Montes, sino por un compás que-
»brando hacia atrás (Baragaña, 1750)
»con inclinación á un lado, y que nos-
»otros explicamos por un paso con el
»pie derecho ó izquierdo al lado que
»más seguro crea el banderillero, el
»cual, moviéndose muy poco ó nada,
»debe quedar en su mismo sitio,
»viendo marchar al toro, lo cual es
»de un efecto sorprendente.»

La suerte *al recorte*, de la que Montes en su *Tauromaquia*, dice: «Este modo de banderillar es el más lucido,

más bonito, más difícil, más expuesto, menos frecuente, y que se puede decir que es el *non-plus-ultra* de poner banderillas...» la define el mismo Sánchez de Neira, así:

«El torero, para ejecutarla, sale á
» encontrarse con el toro como para
» hacerle un recorte, y como al llegar
» al centro de esta suerte el animal
» humilla, recorta aquél, haciendo el
» quiebro de cuerpo necesario, y re-
» trasa su salida, quedándose casi pe-
» gado al costado del toro y de es-
» paldas al testuz de éste, y cuando da
» la cabezada se clava el mismo ani-
» mal los palos, puesto que el bande-
» rillero tendrá la mano del lado del
» toro vuelta atrás con el codo alto,
» y la otra, pasando por delante de su
» pecho, á igualar con ambas la punta
» de las banderillas, que como es na-
» tural, dada dicha situación, quedan
» clavadas de atrás adelante, saliendo
» después el lidiador, como sale del
» recorte.»

Es verdaderamente sensible que los lidiadores de hoy no revelen deseos de practicar las dos suertes que dejamos explicadas, pues por muy dies-

tros que sean en su profesión, nunca llegarán á ser unos banderilleros COMPLETOS, ni podrán parangonarse con los Peroy, Regatero, Muñiz y otros que dominaron todos los modos conocidos de clavar los rehiletos.

No obstante, la suerte al *quiebro*, que tanta fama dió al célebre *Gordito*, su inventor, mayor sin duda que la que le proporcionaron sus lauros como matador de toros, se ejecuta hoy con relativa frecuencia, y es de gran exposición también. A pocas corridas que cualquier aficionado presencié, no faltará un espada complaciente que, excediéndose en el cumplimiento de su deber, se preste á adornar al toro con algún par en esta forma.

Pero ¿por qué ha de ser esto privilegio exclusivo de determinados matadores? ¿Por qué no lo ejecutan los banderilleros con la frecuencia que sus colegas citados y otros muchos lo pusieron en práctica en tiempos mejores para el toreo, y aún que esos mismos matadores (que como gracia especial lo hacen hoy), cuando ocupaban plaza de banderillero, cosa que

va siendo rara, pues hoy es ya costumbre ingresar en el arte, empuñando el estoque y la muleta?

¡Así está él!

Como queda indicado al principio de este artículo, no ha variado solamente la manera de ejecutar la suerte en este tercio. También la transformación ha llegado hasta modificar notablemente las dimensiones del palo de las banderillas, que media antes 45 ó 50 centímetros, y hoy llega á tener hasta 75 y más aún; lo cual, si bien permite acercarse menos al toro para clavarlas, es á costa del lucimiento de la suerte, pues indudablemente que en la de banderillas, como en todas, el buen resultado está en relación directa con lo que el diestro se estreche con el toro, y á esto sólo puede llegarse con mucho arrojo, mayor serenidad y un perfecto conocimiento de las reses.

Censurable en alto grado es que para clavar hoy los palos, necesite el torero del auxilio de cuatro ó seis peones, como vemos frecuentemente que andan alrededor del toro, preparándolo para la suerte. Sea cual sea

el estado de éste, el banderillero que tenga los conocimientos necesarios, siempre encontrará medio de parearlo sin la ayuda de esos auxiliares, que en la mayoría de los casos, sólo sirven para descomponer á los toros que no estén descompuestos y para aumentar las malas condiciones de los que ya las reúnan.

Un capote que recoja al toro á la salida de la suerte, y algún otro dispuesto á sujetarle si intenta la huída estando el banderillero preparado para cumplir su misión, es todo lo que hace falta.

El buen banderillero debe saber prepararse él mismo el toro, evitando siempre, en lo posible, las salidas en falso que tanto resabian á las reses.

Si entre los modernos banderilleros hubiese más emulación, más amor propio para cumplir su cometido; si no tuvieran olvidadas ó inaprendidas las diferentes maneras de parear que se conocen y las practicasen todas, no limitándose á clavar las banderillas casi exclusivamente al cuarteo, con más ó menos lucimiento, podríamos ver este tercio de la lidia con el

mismo vigor y brillantez que llegó á adquirir en tiempos de Antonio Carmona, pues lo que hoy parece como reservado á determinados matadores, podrían hacerlo ellos.

Y es más sensible que no ocurra esto, porque existen indudablemente peones con facultades para llegar más alto de donde llegan, y á los que sólo la apatía ó la falta de estímulo les priva del lugar que por derecho les corresponde entre los banderilleros famosos.





III

LA SUERTE DE MATAR

DESDE los tiempos de Francisco Romero hasta hoy, en los dos siglos, aproximadamente, transcurridos, la suerte suprema del toreo ha pasado por diferentes fases, y no es aventurado asegurar que en la actualidad carece de la brillantez que revisió en otras épocas.

Bastaría la exclusión, casi absoluta, que los aficionados lamentan, de la práctica de matar los toros *recibiendo*, para declarar la decadencia del arte taurino, puesto que faltan las ocasiones de aplaudir la suerte

más arriesgada y más admirable de todas, debida al extraordinario arrojo de su inventor, el diestro citado, que sentó con ella la base de la lidia de toros bien organizada.

En mantillas el arte taurino, toreros tan esforzados como Romero, Lorenzo Manuel, Martincho, Bellón y otros, no conocieron otro medio de dar muerte á las fieras con el estoque, que esperándolas á pie firme y que el mismo animal se clavara el arma.

Lidiadas entonces las reses en forma que no se les agotasen las facultades; no soltándose á la arena sino *toros hechos*, y, por lo tanto, con poder, todo contribuía, de consuno, para que suerte tan extraordinaria resultara brillante.

Había, sin embargo, algunas reses que por haber sido castigadas con exceso ó por otra causa, llegaban al último tercio sin piernas y no había medio de atraerlas al estoque. En tal caso se las remataba de cualquier modo, y he aquí cómo se expresa el notable aficionado señor Santa Coloma, en el libro *Apuntes biográficos*

de los matadores de toros: «...el que se *aplomaba* ó no embestia por resabios que había adquirido, la sufría (la muerte) por el brazo de un profano, que á impulsos de una lanza larga, á que daban el nombre de *punzón*, era cobardemente atravesado, con desdoro del principal, obligado á practicar la enunciada operación conforme á las reglas de la época.»

A obviar este desagradable espectáculo ocurrió el gran *Costillares* con el invento del *volapié*, con el cual se lograba matar á los toros tardos en acudir al cite del espada. Adelanto inmenso fué este en el arte, y Joaquín Rodríguez se coronó de imperecedera fama con su invención, aceptada en seguida por todos los diestros sus contemporáneos, quienes encontraron en ella grandes ventajas de ejecución sobre las estocadas á *toro recibido*.

Pero es un hecho bien patentizado por reputados escritores taurinos y por diestros como *Pepe-Hillo* y *Montes*, que la estocada á *volapié* se implantó como un *recurso*, sólo para los toros que no acudían; y con esto está

bien declarada su inferioridad sobre las estocadas *recibiendo*.

Y, sin embargo, esa suerte de *recurso* es la que hoy vemos ejecutar continuamente, y aun no todo, ni mucho menos, de lo que aficionados y revisteros califican de *volapié* en nuestros días, lo es, sino que se ha aceptado, indebidamente, el llamar así á las estocadas á *paso de banderillas* y á *la carrera*, en las que se hiere sin hacer reunión, y sin esta cualidad, es imposible que suerte alguna entrañe el más mínimo mérito.

No, no es eso. De *volapié* no puede calificarse una estocada por el mero hecho de que sea el torero el que arranque hacia el toro. El *volapié* tiene sus reglas, y á nadie mejor que al discípulo predilecto de su inventor, á *Pepe-Hillo*, puede dejarse su explicación:

«Consiste en que el diestro se sitúa
»á la muerte con el Toro, ocupando
»cumplidamente su terreno, y luego
»que al cite de la muleta humilla y se
»descubre, corre hacia él, poniéndosela
»en el centro, y dejándose caer sobre el
»Toro, mete la espada y sale con pies.

»Esta suerte es lucidísima, y con
»ella se dan las mejores estocadas; y
»se hace á toda clase de Toros como
»humillen y se descubran algún poco.
»Pero no es siempre ocasión de egecu-
»tarla, sino sólo cuando los Toros están
»sin piernas y tardos en embestir.»

Por su parte, Montes, en la *Tauro-
maquia*, dice que las condiciones pre-
cisas y necesarias para el buen resul-
tado de las estocadas á *volapié*, son:
el estado aplomado del toro, la igual-
dad de sus pies y la atención á su
vista.

¿Guardan los diestros de ahora y
tienen en cuenta las reglas y obser-
vaciones de aquellos grandes maes-
tros?

Seguramente que no.

En la mayoría de las veces no con-
curren en la ejecución de la suerte las
circunstancias que exige el verdadero
volapié, y la *habilidad* estriba en he-
rir por sorpresa, y á eso puede lla-
mársele como se quiera, menos arte.

Si á los matadores modernos les
falta la serenidad necesaria para citar
á los toros, verlos llegar y consentir-
los bien, practicando así la suerte de

recibir, debieran aplicar, al menos, sus esfuerzos á consumir el *volapié* con toda la pureza de sus reglas, sin amaños ni mixtificaciones, ya que los toros á ello se prestan llegando al final de la lidia sin poder moverse por efecto del infernal trabajo de los picadores y de los recortes inoportunos é innecesarios de los peones.

Y pasando del estoque á la muleta, siquiera sea esto invertir el orden natural, ¡qué pocas veces nos es dado ver pasar á un toro tal y como las condiciones que reúne lo piden!

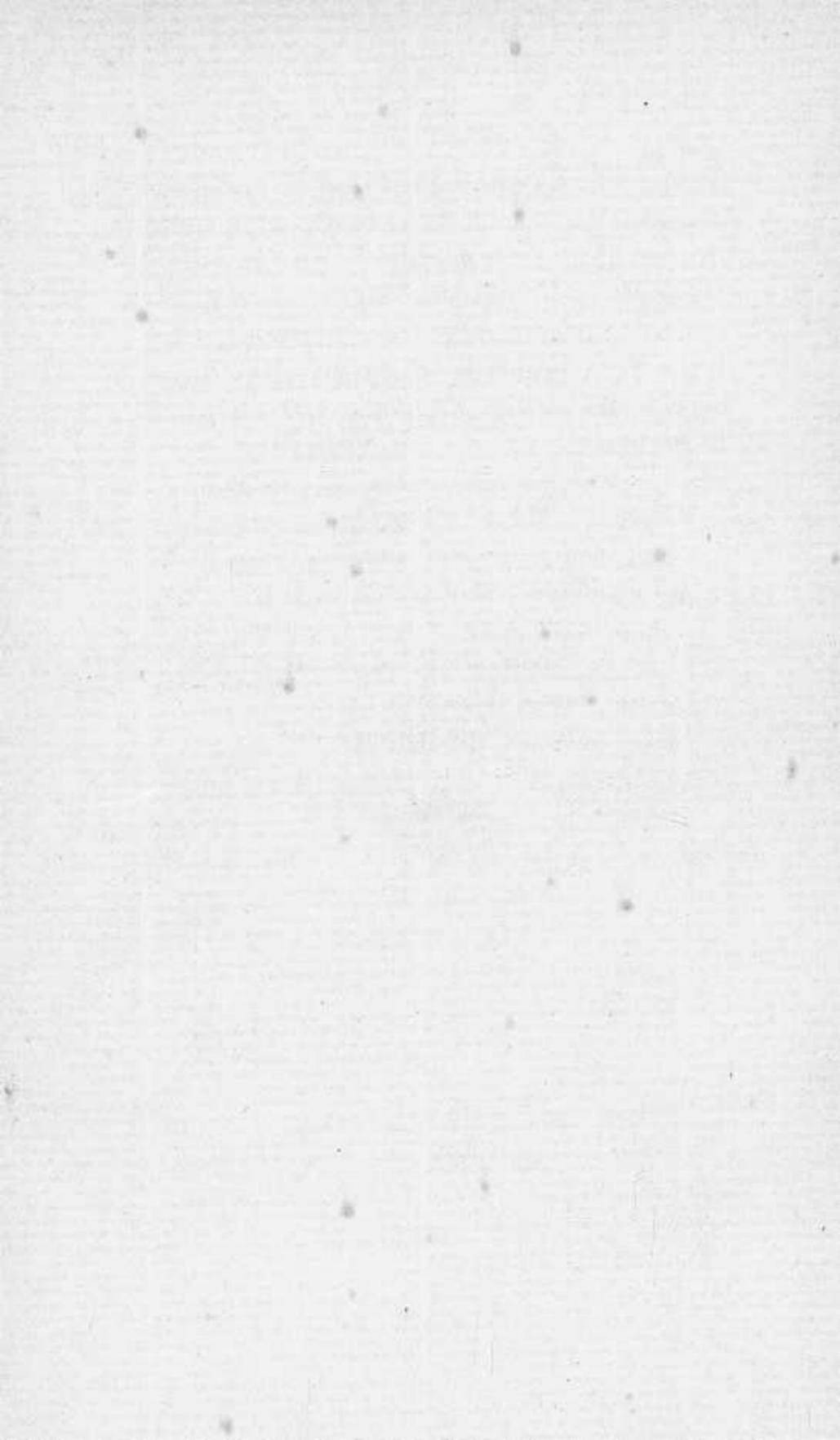
La faena de muleta está reducida á telonazos sin orden ni concierto; á abusar de esos pases ayudados, remedo de los lucidísimos de pecho, y á otra serie de pases incalificables, desconocidos de las grandes figuras de la tauromaquia, que no reconocerían tampoco en aquel descomunal trapo rojo, la *muletilla* que ellos usaron.

Tal vez se me tache de pesimista en mis apreciaciones, pero de continuar el presente estado de cosas, lo que no lograron prohibiciones pontificias y reales, porque éstas coinci-

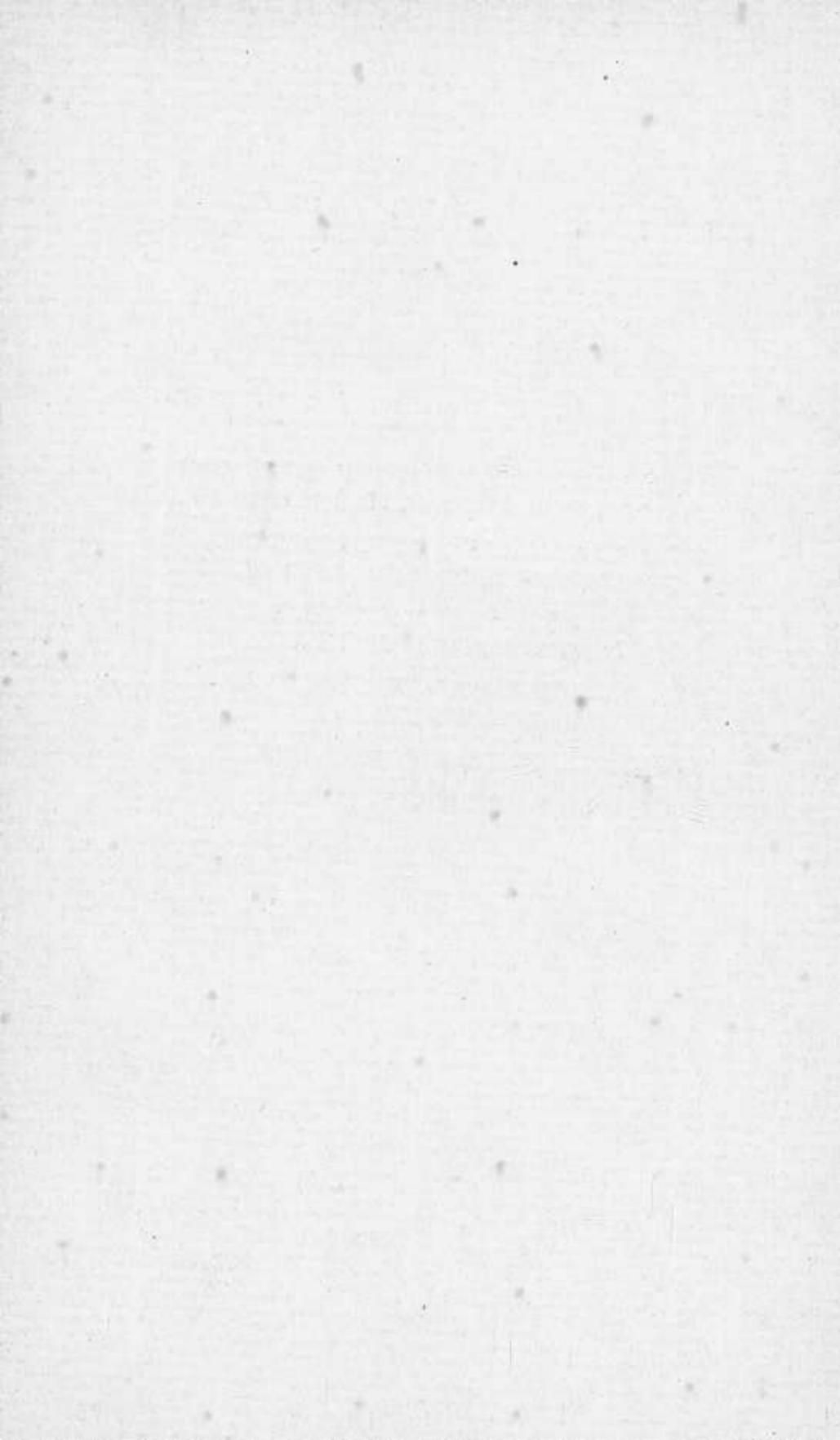
dian generalmente con la aparición de alguno de aquellos colosos del arte que se llamaron Pedro Romero, José Delgado, Costillares, Cándido, Montes y Chiclanero, lo conseguirá la falta de lidiadores dotados de conocimientos suficientes y de un valor á la altura de tales conocimientos.

Mayo—Junio 1899.





Del presente FOLLETO tiráronse *cient* *ejem-
plares*, á costa del autor, de los cuales
se ponen á la venta *setenta y cinco*,
numerados, al precio de *una pe-
seta*. Se hizo la impresión en
la tipolitografía de Luis
Tasso, el día siete de ju-
lio de mil ochocien-
tos noventa y
nueve.





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número. 176 | Precio de la obra.....

Estante.. 1 | Precio de adquisición.....

Tabla 2 | Valoración actual.....

Número de tomos.... ■



116.